
La literatura fantástica española del siglo XVIII

Lo primero de todo es ver qué entendemos por siglo XVIII. No, desde luego, lo que sugiere el cómputo oficial (1701 = 1800). El siglo XVIII es en las letras españolas el período que media entre 1701, año en que Felipe V llega a Madrid inaugurando una nueva dinastía, y 1833, año en que muere Fernando VII, bisnieto del primer Borbón.

Lo segundo es ver qué entendemos por literatura fantástica. Esto ya no resulta tan fácil. Y si Roger Caillois, Pierre-Georges Castex, Tzvetan Todorov o Louis Vax hubiesen optado por el silencio, sería prácticamente imposible definir lo fantástico en literatura. Lo que sí es cierto es que hay textos literarios que nos parecen fantásticos a casi todos. En las letras francesas, por ejemplo, es el caso de autores como Cazotte, Nerval, Nodier, Mérimée, Maupassant, Villiers, Jean Ray; en la literatura alemana, de Brentano, Chamisso, Hoffmann, Tieck, Arnim, Kubin, Meyrink, Storm; en las letras anglosajonas, de Scott, Dickens, Algernon Blackwood, Arthur Machen, H. P. Lovecraft, Henry James, Coleridge, Wilkie Collins, M. R. James, Stevenson, Walter de la Mare, Sheridan LeFanu, Kipling, Poe, Tolkien, Dunsany, Hodgson, Moorcock. La nómina de textos plenamente fantásticos en castellano se reduce a los inventados por Borges, Bioy Casares y pocos más.

Lovecraft redactó un pequeño trabajo sobre la evolución histórica del género fantástico. Se intitulaba *Supernatural Horror in Literature* (tengo a la vista la edición neoyorquina de 1945, con prólogo de Derleth) y ha sido traducido en más de una ocasión a nuestra lengua (en mi biblioteca se encuentra una versión castellana de Melitón Bustamante publicada por Barral en Barcelona, 1974). En ese libro muchos de nosotros hemos aprendido casi todo lo que sabemos al respecto. Su lectura contribuirá a disipar no pocas dudas conceptuales.

No busquemos figuras de la talla de Walpole o del conde Potocki, de Mrs. Radcliffe, M. G. Lewis, William Beckford o Hoffmann entre los escritores españoles del siglo XVIII que cultivaron la fantasía. No fue en nuestro país un siglo especialmente fantástico el que nos ocupa. Las notas que siguen, a caballo entre el capricho personal y un rastreo más o menos ordenado de la realidad literaria, no pretenden sino encender aún más el interés de aquellos lectores que nunca lo mantuvieron apagado. Hay autores citados que, sin ser propiamente fantásticos, admiten una lectura «fantástica»; otros, en cambio, admiten biográficamente la calificación de fantásticos y, sin embargo, compusieron obras prosaicas, razonables, ramplonas, moralizantes y/o realistas. Nada tan subjetivo como su inclusión o exclusión entre los ingredientes del gran pastel de la fantasía.

Cuando Dom Augustin Calmet escribió su *Traité sur les apparitions des esprits, et sur les vampires, ou les revenans de Hongrie, de Moravie, &c.* (tengo sobre la mesa la edición corregida y aumentada en dos tomos, París, 1751, un verdadero festín de dioses para

el buen bibliófilo), primer manual de vampirología, quizá no fuera consciente de que estaba iniciando, en pleno Siglo de las Luces, una corriente subterránea y nocturna que amenazaba con no extinguirse nunca en lo sucesivo. La obsesión por la sombra alcanzó también a la aristocracia británica: las residencias fantasmales y goticistas de Horace Walpole y de William Beckford llamaron la atención de toda Europa. *The Castle of Otranto* (Londres, 1765) sería el primer fruto literario de la nueva sensibilidad (Mario Praz ha estudiado, por cierto, con gran sagacidad, la estética que animó esa novela en un espléndido prólogo a la misma que ahora puede leerse en la traducción castellana de Bruguera).

¿Y las raíces? En España, a mi juicio, hay que buscarlas en la novela cortesana del siglo XVII (María de Zayas, sobre todo, pero también Pérez de Montalbán, el propio Lope, Abad de Ayala, Salas Barbadillo y tantos otros), que ya era totalmente *fantastique*. Es esa atmósfera la que recogerá en herencia más tarde el conde Potocki en su *Manuscrit trouvé à Saragosse*. No deja de ser significativo el hecho de que en la primera mitad del XVIII se reedite con profusión a Calderón, María de Zayas o Cristóbal Lozano (sí, Cristóbal Lozano, el fascinante colector barroco de historias fantásticas que Entrambasaguas ha reeditado modernamente en Clásicos Castellanos). Y la Edad Media, con sus brumas, sus amores lejanos y sus espadas, también regresa en el XVIII. Contemplo ahora, por ejemplo, la copia que perteneció al marqués de Pidal de la *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XI* (Madrid, 1779-1790), de Tomás Antonio Sánchez, donde por vez primera ven la luz textos como el cantar del Cid, Berceo, el *Libro de buen amor* o el *Alexandre*.

Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764) creyó que se podía erradicar la superstición desde una celda conventual (era benedictino, como el inefable Dom Calmet). Con el pretexto de desterrar los errores del vulgo, nos ofrece en su *Teatro crítico* y en sus *Cartas eruditas* una nutrida serie de textos fantásticos. Hay, por ejemplo, en el *Teatro crítico* un «Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos (el anfibio de Liérganes)», que es un auténtico disparate goyesco.

En Liérganes, un precioso lugar de Cantabria, vivían Francisco de la Vega y María del Casar, su mujer. Al morir su esposo, María envió a Francisco, segundo de sus hijos, a Bilbao, a aprender el oficio de carpintero. En ese oficio anduvo por dos años Francisco, hasta que en 1674, habiendo ido a bañarse la víspera de San Juan (la noche de Walpurgis, para entendernos) con otros mozos a la ría, vieron éstos que el de Liérganes se iba nadando ría abajo; lo esperaron en vano, pues no volvió. Creyendo que se había ahogado, se lo participaron a su madre, quien lloró por muerto a su hijo. Pues bien, cinco años después, en 1679, el tal Francisco, cubierto de escamas, se apareció a los pescadores del mar de Cádiz, quienes, apercibiéndose de que tenía figura de persona racional, consiguieron pescarlo valiéndose de sus redes. Era una especie de monstruo rarísimo que no articulaba palabra. Por fin pronunció una: «Liérganes.» Y como había un inquisidor gaditano que procedía de aquel lugar, se descubrió paulatinamente el enredo. Francisco regresó a Cantabria con su madre, pero, nueve años después, desapareció para siempre. Un vecino de Liérganes afirmó haberlo visto tiempo más tarde en un puerto de Asturias, aunque esta noticia —dice Feijoo— carece de fundamento. (El ensayo completo puede leerse en las *Obras escogidas* de Feijoo

publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles, vol. LVI, pp. 326-340. Es una verdadera delicia.) Otros títulos de Feijoo emparentados con lo fantástico son, a guisa de ejemplo, «Astrología judiciaria y almanaques», «Duendes y espíritus familiares», «Vara divinatoria y zahoríes», «Milagros supuestos», «Piedra filosofal» y «Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España» (*Teatro crítico*), y «Entierros prematuros», «De la trasportación mágica del obispo de Jaén» y «El judío errante» (*Cartas eruditas*). Del mismo modo que el *Quijote* no es más que otra novela de caballerías, no la última, la prosa de Feijoo, presuntamente desterradora de la superstición, no es más que otro ejercicio fantástico, no el comienzo de un orden nuevo. Atentar contra algo es, la mayor parte de las veces, una sutil manera de prologarlo.

¿No es, asimismo, fantástica la tarea del P. Enrique Flórez (1702-1773), al imponerse una obra como la *España sagrada*, de cuyos cincuentaún tomos son suyos veintinueve continuando su demencial labor otros agustinos? El P. Andrés Marcos Burriel y López (1719-1762) se preocupó, por su parte, del conocimiento directo, crítico y científico de la Edad Media, lo que supone una actitud prerromántica. La misma que animó a Campomanes (1723-1802) a redactar unas *Disertaciones sobre el Orden y Caballería de los Templarios*, de las que existe un facsímil reciente.

Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), probable modelo de aquel omnisciente peregrino Hervás del *Manuscrit* potockiano, compuso un *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (1800-1805), reimpresso en edición facsimilar hace poco por Atlas, que es sin duda la obra más importante en su género del siglo XVIII. Y Antonio de Capmany (1742-1813), que tanto discutiera con Quintana en las Cortes de Cádiz, solía repetir que el siglo XVII fue la edad de la imaginación y de la poesía en España, mientras que el XVIII era el siglo de la razón, de la filosofía y de las ciencias.

En el terreno de la prosa no erudita descuella Diego de Torres Villarroel (1693-1770), que, más que un escritor fantástico, fue un individuo estrafalario. «Gran Piscátor Salmantino» era su apodo como pronosticador anual en *Almanaques* repletos de sabiduría mágica y astrológica. Sus *Visiones y visitas con don Francisco de Quevedo por la Corte* (editadas en Clásicos Castellanos, 1966, por Russell P. Sebold) son una especie de *Diablo cojuelo* mezclado con los *Sueños* quevedescos. En *El ermitaño y Torres*, ambos protagonistas discuten el problema de la piedra filosofal. Sorprenden gratamente, asimismo, algunos párrafos de la *Vida* (un centón autobiográfico) y, desde luego, la *Cátedra de morir*, texto tan admirable cuanto desconocido. Como poeta, Torres se nos revela como un espléndido sonetista, apéndice privilegiado de los modos barrocos.

Al lado de Torres, el P. Isla (1703-1781), jesuita, publicó en 1758 la primera parte de la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campaças, alias Zotes*, bajo el nombre supuesto de Francisco Lobón de Salazar. La obra no carece de fantasía, situándose entre la novela satírica a lo Fielding y el tratado didáctico de oratoria religiosa. Puede leerse en Clásicos Castellanos o en Editora Nacional.

Pedro Montengón y Paret (1745-después de 1820) es el alucinado autor de *Antenor* (1786, dos vols.), especie de poema en prosa donde se exponen los orígenes legendarios de Venecia, y de *Rodrigo* (1793), novela histórica sobre el último rey goda, llamada «romance épico» en portada por su autor. Ni la *Eudoxia* (pese a ser hija su